

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

18/2015

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Pivato, Stefano, *I comunisti mangiano i bambini. Storia de una
leggenda*, Bologna, Il Mulino, 2013
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 291-293



Universidad
de Navarra

Pivato, Stefano, *I comunisti mangiano i bambini. Storia de una leggenda*, Bolonia, Il Mulino, 2013. 184 p. ISBN: 9788815247148. 14€.

Indice. Introduzione. I. La leggenda oggi. II. Cannibali. III. La guerra dei bambini. IV. Deportare l'infanzia. V. La guerra fredda. VI. Faziosità. *Fonti iconografiche. Ringraziamenti. Indice dei nomi.*

El año 2006 el primer ministro italiano Silvio Berlusconi realizó unas declaraciones en las que dijo que los comunistas se comían a los niños. No dejan de ser unas afirmaciones de alguien acostumbrado a *épater*, pero tras ellas latía un trasfondo arraigado surgido en buena medida a partir de rumores y exageraciones de otro tiempo. Como ya señalamos en estas mismas páginas (M&C, 16, 2013, pp. 357-60) al comentar el libro de Jean-Clément Martin, *Un détail inutile? Le dossier des peaux tannées. Vendée 1794* (2013), más allá del hecho —real o imaginario— que motivaba la extensión de una idea, por muy falsa que fuera, estaba el proceso de construcción de la misma, los motivos que llevaron a que un simple rumor, un exabrupto surgido al hilo de un tiempo convulso, se convirtiera en una afirmación con capacidad para perdurar y seguir ejerciendo influencia en tiempos muy posteriores al momento en que se forjó la superchería. Como señalaba un joven Marc Bloch durante su experiencia en las trincheras de la I Guerra Mundial, los rumores no dejaban de ser elementos que era necesario historiar, por revelar su existencia y éxito todo un estado de ánimo, un momento en el tiempo y sus circunstancias.

En el caso que nos ocupa, el autor, Stefano Pivato, autor también de un libro dedicado a los rumores, se ocupa de uno de ellos, en este caso el que se refería a que los comunistas se comían a los niños italianos que eran enviados a la antigua URSS durante la II Guerra Mundial. De hecho, este rumor era la síntesis de las leyendas y referencias sobre un hecho que no existió como tal: «Nessun bambino italiano fu mai deportato in Russia. Ma nel clima di forte emotività generato dalla guerra anche le costruzioni fantastiche finiscono per rivestire l'aspetto della verosimiglianza. Tanto più che la mancanza di un'informazione libera, e dunque priva di smentite, conferisce contorni di veridicità alla deportazione dei bambini italiani» (p. 8). La cuestión que resalta el autor es que semejantes afirmaciones no se limitaron a una indefinida *vox populi*, sino que en ella jugó un papel capital la prensa, cuando se hizo eco de la carestía y malas condiciones de vida en la URSS de los años veinte y treinta y, por ello, de algún caso de canibalismo fruto de la hambruna. Más allá de sus elementos reales, se impulsó un evidente punto de vista propagandístico que extendió esos casos a una escala global con el fin de cuestionar el régimen comunista. En un ambiente así descrito, cualquier violencia o la muerte hecha acontecimiento cotidiano, hacía más sencilla la aceptación de las atrocidades, incrementando su alcance a partir

de los casos realmente existentes de canibalismo (entre diciembre de 1941 y mayo de 1942 se procesó a unas 2.000 personas por ello. Se pasó de 41 arrestados al comienzo, a 366 en el mes siguiente y a 612 en febrero, p. 52), al menos tal como llegaban por medio de algunos testigos, filtradas a occidente a través de oídos interesados y recibidas por oídos aun más interesados. No es casual que uno de los primeros artículos en relación a este tema lo escribiera Benito Mussolini en las páginas del *Popolo d'Italia* en 1922. La propia impenetrabilidad del mundo soviético favoreció la extensión de este tipo de rumores, luego alimentados, a partir de 1941, por las tropas invasoras, que reflejaban la desnutrición y las malas condiciones como algo generalizado. Por eso, «[l]’intervento dei soldati italiani in Russia, dunque, è diretto a salvaguardare i bambini italiani e a impedir loro di “vedere i barbari nella casa di Pietro”» (p. 50).

Todo este fenómeno vinculado al rumor parte de un arraigado sustrato en el que el canibalismo estaba presente, desde, por ejemplo, Jonathan Swift, que ya escribió al respecto en el siglo XVIII. Se apoyaba también en el creciente papel infantil en las sociedades occidentales, pues cualquier leyenda, milagro o prodigio que tocara a la infancia podía despertar el pánico: «Il mondo contadino, affollato di pregiudizi, risulta particolarmente permeabile alla credulità di fatti che riguardano la tutela e la salvaguardia dei bambini» (p. 74). En este ambiente, y en Italia concretamente, los rumores encontraban un fácil acomodo y se alimentaban de hilos diversos, como por ejemplo el antisemitismo, con la idea de los judíos como bebedores de sangre infantil. Si a ello se añaden las conexiones y similitudes establecidas entre judaísmo y comunismo, los rumores sobre el canibalismo caían en terreno fértil. Pero también influyeron referencias de ese tiempo, como el traslado de niños españoles a otros países durante la guerra civil, muy criticado por ejemplo por Pío XII, y que hizo que esta referencia quedara en el imaginario colectivo del mundo católico, en un contexto de creciente radicalización de posturas. Los «niños de Rusia» proporcionaban nuevos argumentos para la propaganda e hicieron más fácilmente asumible la idea de que los niños italianos eran trasladados como carne de consumo a la URSS. De hecho, se insertaba aquí otro elemento más, el papel de los gitanos como raptos, lo que se incluía como otro de los más extendidos lugares comunes. Por ello: «Comunisti, ebrei e zingari diventano dunque sinonimi di rapitori dell’infanzia nella costruzione di racconti nei quali i fanciulli giocano il ruolo degli esseri indifesi perennemente minacciati da razze che la vulgata ritiene inferiori» (p. 100). Pese a toda la irracionalidad de semejantes percepciones, la suma de estos elementos quedó arraigada en el imaginario colectivo de muchos sectores de la población italiana como uno de sus máximos temores.

De hecho, fue utilizado en relación a la posibilidad de implantar la enseñanza laica tras la II Guerra Mundial: «Come quello che, in conseguenza dell’educazione affidata esclusivamente allo Stato, vede il comunista cannibalizzare metaforicamente l’infanzia; in una versione trascendente, divorare l’anima

RECENSIONES

dei fanciulli in virtù di un'educazione improntata all'ateismo e al laicismo» (p. 10). El temor a un estado que, como educador, también se los comía al incorporarlos a sus estructuras y alejándolos de sus padres. De hecho, este temor también tenía sus antecedentes en las críticas que se habían lanzado contra «l'affido proletario», un mecanismo puesto en marcha por algunos sindicatos italianos a comienzos del siglo XX, por medio del cual los niños de familias trabajadoras podían desplazarse temporalmente a familias de otros lugares de Italia para que sus padres pudieran sobrevivir. En las críticas a este mecanismo se enfrentaba el modelo de la solidaridad con el más tradicional de la caridad, pero generaba de nuevo críticas por la presumible amenaza que el desarraigo suponía para los niños.

Toda esta suma de elementos constituía el telón de fondo sobre el que destacaba la crítica al «monstruo» del comunismo, que los vinculaba y que facilitaba la extensión y supervivencia de los rumores más diversos, que tendían a retroalimentarse, reforzando siempre la perspectiva anticomunista o aquella que supusiera una amenaza, fuese real o imaginaria, incluso hasta tiempos muy recientes. Lo significativo es que todo ello forma parte de la conciencia colectiva, de las mentalidades, o tal vez mejor, de la vivencia cotidiana de las culturas políticas de amplios sectores de la población italiana y, sin tenerlos en cuenta, probablemente perdamos matices significativos de comportamientos y actitudes que han sido habituales en nuestro pasado.

Stefano Pivato, enseña Historia contemporánea en la «Università degli Studi Carlo Bo de Urbino». Ha publicado, *Il nome e la storia. Onomastica e religioni politiche nell'Italia contemporanea* (1999); *La storia leggera. L'uso pubblico della storia della canzone italiana* (2003); *Il Touring Club Italiano* (2006); *Il secolo del rumore. Il paesaggio sonoro nel novecento* (2011); *Al limite della docenza: piccola antropologia del professore universitario* (2015), o *Favole e politica: Pinocchio, Cappuccetto rosso e la guerra fredda* (2015).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

